

CUADERNOS

CEU-CEFAS | CENTRO DE ESTUDIOS, FORMACIÓN Y ANÁLISIS SOCIAL

CUADERNO 08 | verano de 2024

El Conservatismo hoy

Textos de:

Alvino-Mario FANTINI

Gregorio LURI

Enrique GARCÍA-MÁIQUEZ

Harrison PITT

Ricardo CALLEJA ROVIRA

Sebastian MORELLO



CEU - CEFAS

*Centro de Estudios, Formación
y Análisis Social*

CUADERNOS

CEU-CEFAS | CENTRO DE ESTUDIOS, FORMACIÓN Y ANÁLISIS SOCIAL

CUADERNO 08 | verano de 2024

ISSN: 3020-1594
ISSN-E: 2952-1386

Fundados en 2022,
los *Cuadernos CEU-CEFAS*
se publican cuatro veces al año.

Las opiniones expuestas en
los trabajos publicados son
de la responsabilidad exclusiva
de sus autores.

© Todos los derechos reservados.

CEU-CEFAS tiene por
objetivo la promoción de
los principios inspiradores
fundamentales de la Doctrina
Social de la Iglesia en los
ámbitos cultural y político,
mediante la realización
de cursos, congresos y
publicaciones. CEU-CEFAS
aspira a constituirse en un
lugar de referencia y encuentro
para debatir, reflexionar,
formar, difundir e investigar
en el ámbito de las ideas para
mejorar la sociedad.

www.cefes.ceu.es

CEU-CEFAS
Calle Tutor, 35
28008 Madrid | España
Teléfono: (+34) 91 514 05 77
cefes@ceu.es

Distribución gratuita
Depósito legal: M-28413-2022
ISSN: 3020-1594
ISSN-e: 2952-1386
Maquetación: CEU Ediciones
Impresión: Imedisa Artes
Graficas S.L.U.
Impreso en España

Publica: CEU Ediciones
Calle Julián Romea, 18
28003 Madrid | España
Teléfono: (+34) 91 514 05 73
ceuediciones@ceu.es

El CEU es una obra de la
Asociación Católica de
Propagandistas.

La Fundación Universitaria
San Pablo CEU es una entidad
inscrita en el Registro de
Fundaciones con el nº 60 /
CIF (G-28423275).

Consejo Editorial de CEU-CEFAS

Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, *Presidente*

Elio A. GALLEGO GARCÍA, *Director Académico*

Rémi BRAGUE

Alfredo CRUZ PRADOS

Alvino-Mario FANTINI

María del Carmen FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA CANTERO

Gregorio IZQUIERDO LLANES

Consuelo MARTÍNEZ-SICLUNA Y SEPÚLVEDA

Jerónimo MOLINA CANO

Dalmacio NEGRO PAVÓN

Jaime NOGUEIRA PINTO

Benigno PENDÁS GARCÍA

José Antonio PÉREZ RAMOS

Carlos RODRÍGUEZ BRAUN

Manuel Alejandro RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

Jorge SOLEY CLIMENT

Pablo VELASCO QUINTANA

Índice

Los medios disidentes y el futuro de la civilización

Alvino-Mario FANTINI

9

Historia y tradición del conservadurismo español

Gregorio LURI

19

Denominación de origen

Enrique GARCÍA-MÁIQUEZ

49

Cómo configurar la cultura

Harrison PITT

59

Cinco tentaciones conservadoras (y tres propuestas)

Ricardo CALLEJA ROVIRA

65

La visión europea de la ciudad y el campo

Sebastian MORELLO

77

Los medios disidentes y el futuro de la civilización*

Alvino-Mario FANTINI

SOBRE el tema importante de «El conservadurismo frente a la hegemonía progresista de los medios de comunicación», tengo varias ideas que voy a compartir con ustedes. Son el resultado de muchas reflexiones sobre mi propia experiencia en grandes organizaciones de medios de comunicación, así como de experiencias mucho más gratificantes en empresas más pequeñas, como *The European Conservative*. 9

En **primer lugar**, cuando pienso y hablo de medios de comunicación de masas, tengo en mente una gama de productos más amplia de la que normalmente piensan muchas personas.

* Comunicación realizada el 20 de octubre de 2023, en la Universidad CEU San Pablo, en el marco del congreso «El Conservatismo hoy: la defensa de las libertades, las tradiciones y la cultura», coorganizado por la revista *The European Conservative* y CEU-CEFAS. Alvino-Mario Fantini es director de la revista *The European Conservative*.

10 Pienso en periódicos y revistas, así como en televisión y radio, películas y grabaciones de audio y, por supuesto, Internet.

En **segundo lugar**, creo que no cabe duda de que los medios de comunicación ejercen una influencia significativa en nuestras sociedades. Hay una multitud de estudios que lo analizan, tanto cuantitativa como cualitativamente. Esta influencia alcanza y forma las mentes de nuestros jóvenes, tanto como determina el pensamiento y los parámetros cognitivos de la población anciana y jubilada.

En **tercer lugar**, también creo que no cabe duda de que el principal impulso ideológico de los medios de comunicación de masas actuales es generalmente progresista, liberal-izquierdista y representativo de lo que Austin Ruse ha llamado la «izquierda sexual». En otras palabras, de una forma u otra, los medios de comunicación de masas actuales impulsan una agenda compleja y degradada, una agenda que puede incluir la promoción de las relaciones entre personas del mismo sexo, la transexualidad, las relaciones transgresoras y otros acuerdos sociales que rompen los ‘tabúes’ del pasado. Si alguna vez han intentado encontrar una película sana para ver en Netflix, o una película familiar para ver en el cine, sabe de lo que estoy hablando.

En **cuarto lugar** –y creo que esta es una observación clave, porque llega a una de las razones por las que es tan difícil luchar contra la influencia hegemónica de los medios de comunicación de masas–, los medios de comunicación de masas de hoy en día tienden a estar dominados por grandes empresas multinacionales, por conglomerados de medios de comunicación y por otros poderosos actores con ánimo de lucro, desarraigados y despiadados, y que se han desconectado de los valores y las tradiciones de las regiones en las que vierten sus tonterías escritas y emitidas.

*

No hay nada en lo que he dicho que deba sorprender o escandalizar a nadie que tenga ojos para ver y oídos para oír. Pero estas cuatro observaciones iniciales y bastante sencillas me llevan a concluir con la siguiente afirmación: *si los conservadores esperan alguna vez conseguir algo en términos de influencia en los medios de comunicación de masas, necesitan adoptar no sólo una estrategia, sino varias simultáneamente.*

La **primera** de estas estrategias es, por supuesto, la que aconseja la mayoría de la gente: que tenemos que recuperar

12 nuestras instituciones culturales: las universidades, los medios de comunicación, los salones del poder.

Por supuesto, no hemos tenido demasiado éxito en las últimas décadas. Pero tenemos que seguir intentando.

De hecho, unas palabras de advertencia: no creo que debamos abandonar nuestra propia «larga marcha a través de las instituciones» para deshacer el trabajo de los posmodernistas, los deconstruccionistas y la Nueva Izquierda. O sea, está bien tratar de obtener una posición de poder y prestigio dentro de la BBC o la CNN o ABC o *La Reforma* o *Le Point*. Pero no debemos hacernos ilusiones sobre lo difícil que será.

También deberíamos recordar que todos hemos visto a otros seguir este camino antes: personas que se unieron a instituciones mediáticas dominantes o incluso liberales con la idea de ‘trabajar por el cambio’ desde adentro, pero que finalmente acabaron volviéndose contra nosotros, seducidos por el poder y el prestigio que adquirieron. Ellos mismos se convierten en progresistas. Recuerden: *el poder corrompe*.

Por tanto, creo que es necesaria **otra estrategia**, una que no busque que los conservadores se conviertan en influyentes

dentro de las poderosas instituciones existentes, sino que busque crear alternativas a estas estructuras existentes. Este es el camino de los ‘pequeños pelotones’ y de la guerra a pequeña escala. Es el *camino de los disidentes*. Es un camino que ofrece grandes oportunidades a quienes tienen la visión creativa, la energía y la pasión, y el compromiso fundamental de intentar hacer algo nuevo, algo que se salga de los límites tradicionales del pensamiento convencional.

De hecho, quizá tengamos que dejar de preocuparnos, apoyar o tratar con importancia a las instituciones mediáticas progresistas. Quizá tengamos que dejar de intentar conseguir puestos en medios de comunicación que nos odian.

Nuestro proyecto, *The European Conservative*, pretende hacer esto. Nos ha costado años llegar a dónde estamos y, hay que reconocerlo, seguimos siendo muy pequeños y bastante desconocidos para mucha gente. Pero nos conoce y nos sigue gente importante, gente con influencia intelectual y cultural. Y eso vale mucho.

Esta estrategia de creación o construcción de alternativas no se basa únicamente en la creación y difusión de contenidos. También hay un importante aspecto de red. Nuevas

14 iniciativas como *The European Conservative* –o *El Debate* en España, o *La Furia* en Francia, o *Crítica XXI* en Portugal, o *Nazione Futura* en Italia– también actúan como engranajes o centros en sus respectivos ámbitos culturales. Y a medida que trabajan juntas y colaboran a través de las fronteras, acaban formando *redes de resistencia*.

Dicho de otro modo: estas redes son importantes ‘identidades de resistencia’, y no importan porque Francesco en Italia conozca ahora a Guillaume en París o a Flavio en Brasil y Mario en Austria, sino porque hay un capital social que se construye –a través del proceso de compartir valores y recursos– que nos permite trabajar más eficazmente como conservadores.

Todo esto está aún en desarrollo. Y nos ha llevado mucho tiempo llegar a donde estamos hoy. Pero todavía estamos tratando de ponernos a la altura de la izquierda, y todavía estamos tratando de igualar las redes que la izquierda construyó desde la década de 1960. Nos queda mucho camino por recorrer.

Hay una **tercera estrategia** que casi no me atrevo a mencionar porque suena muy dura. Pero es esencialmente ésta:

debemos dejar de preocuparnos por *cómo* utilizamos los datos y la información. Tenemos que convertirlos en armas – del mismo modo que la izquierda ha convertido en armas la información (¡información errónea!) que utiliza contra nosotros. (¿Con qué frecuencia ocurre esto? Casi todos los días.)

Concretamente, creo que ya deberíamos haber empezado a recopilar datos e información sobre nuestros oponentes, y a construir una narrativa e informar sobre los tejemanejes de la izquierda, la corrupción de los socialistas. Tenemos que esforzarnos más por informar al público de *cómo* opera la izquierda.

Hemos visto, estoy seguro, muchas informes y reportes a lo largo de los años sobre el ‘dinero oscuro’ de la derecha. Estos han sido preparados y emitidos por grupos como Open Democracy en Londres y el Southern Poverty Law Center en Estados Unidos. Pero también hay una red de académicos de izquierdas –como Cas Mudde y su Centro de Investigación sobre Extremismo, Extrema Derecha, Delitos de Odio y Violencia Política en la Universidad de Oslo. Él y todos los otros grupos como el suyo producen lo que no es nada más que desinformación– disfrazado de estudios académicos y objetivos.

16 Es hora de que nosotros –a través de nuestros propios *think-tanks* e instituciones de investigación, pero también, quizás más importante, a través del periodismo de investigación y nuestro propio trabajo en los medios de comunicación– empecemos a contraatacar y a hacer a la izquierda lo que ella ha hecho a los conservadores durante décadas.

Concluyo con la siguiente observación: confesaré que quizá parte de mi animadversión hacia los medios de comunicación de masas se deba a que en las últimas semanas he visto la serie de televisión de la HBO, «Succession». Para quienes no la hayan visto, trata del drama empresarial y familiar en curso sobre un magnate de los medios de comunicación –posiblemente inspirado en Rupert Murdoch y FOX News– y los miembros de la familia y los agentes de la empresa que se posicionan continuamente (y sin piedad) para echarlo o para ganarse su favor.

¿Qué es lo que encuentro tan interesante en esta serie oscura y deprimente, pero totalmente entretenida? ¿Qué aspectos me parecen útiles? ¿Por qué menciono este programa? Creo que la serie nos recuerda que, aunque la búsqueda del poder y de una gran influencia y riqueza es tentadora y seductora, y que hay muchos factores a tener en cuenta, al final, es

nuestra propia fragilidad humana y dignidad que son los factores más importantes. 17

Creo que es importante empezar por ahí –por el pequeño y miserable ser humano que se encuentra en el centro de cualquier empresa humana a gran escala– cada vez que intentemos debatir algo sobre los grandes poderes mediáticos mundiales, o poderes de élite de cualquier tipo, que ejercen un poder hegemónico sobre nosotros. Si no tenemos presente esta realidad fundamental –si no entablamos un debate de este tipo, sin una visión adecuada o sobria o realista del hombre– todo lo demás se construye precariamente sobre ella.

Y en cuanto a lo que los conservadores podemos hacer para contrarrestar la influencia hegemónica de los medios de comunicación, yo siempre enfatizo la necesidad de ser cautelosos con cualquier iniciativa que busca que nosotros también formemos parte de los grandes poderes mediáticos, aun cuando la intención es cambiar esas instituciones *desde dentro*.

Por otro lado, el deseo de tratar de crear una entidad propia grande y masiva –una ‘CNN conservadora,’ por ejemplo– es

18 igualmente problemático: porque cuando se concentra y reúne el poder y la influencia a esos niveles, las tentaciones que afligen a *todos* los seres humanos empiezan a surgir rápidamente, y la esencia conservadora y cristiana se pone en peligro.

Por eso, ayudaría que recordáramos que el futuro de nuestra civilización *no* está en las moribundas instituciones burocráticas y estatales, ni tampoco en las antiguas empresas mediáticas heredadas. El futuro de nuestra civilización –especialmente en cuanto a la comunicación y la información necesaria para defenderla– está en las *pequeñas* empresas, las plataformas incipientes y los *startups* de medios de comunicación que están surgiendo en toda Europa. Es allí donde podemos encontrar no solamente satisfacción, felicidad, y plenitud sino belleza y satisfacción.

Historia y tradición del conservadurismo español*

Gregorio LURI

¿Qué quiere decir ser conservador?

CUANDO me preguntan por qué soy tan raro que me defino políticamente como conservador, suelo dar alguna de las siguiente repuestas: 19

1. Porque no me considero mejor escritor que Cervantes por el mero hecho de escribir después de él.
2. Porque no quiero irme de este mundo sin pagar.
3. Porque soy moderno... pero no solo.

* Comunicación realizada el 20 de octubre de 2023, en la Universidad CEU San Pablo, en el marco del congreso «El Conservatismo hoy: la defensa de las libertades, las tradiciones y la cultura», coorganizado por la revista *The European Conservative* y CEU-CEFAS. Gregorio Luri es filósofo, pedagogo y escritor.

Ante vosotros tendré que hilar más fino; pero no mucho más, porque el conservadurismo es un club bastante heterogéneo. Hay quien se considera conservador por sus valores morales y económico-sociales, hay quien se tiene por conservador en valores morales y progresista en ideas económicas y sociales y hay quien es muy progresista en valores morales y muy conservador económica y socialmente. En este club nos encontramos gentes provenientes del conservadurismo teológico y moral, del romanticismo patriótico, de las diferentes formulaciones de la filosofía de la imperfección humana, del ocasionalismo, del neoconservadurismo (es decir de un izquierdismo impugnado por la realidad), etc. No faltan tampoco los que yo llamo ‘conserva-suyo’. Pero el conservadurismo no es la ideología con la que las clases altas blindan sus privilegios. Como observaba en vivo y en directo el liberal Natalio Rivas (*Anecdotario histórico*): «las tres casas ducales de más esclarecido abolengo, Medinaceli, Alba y Fernán Núñez, fueron siempre sagastianas, y el jefe liberal cuidó con esmero y gran habilidad que tales vínculos fueran cada día más estrechos». El conservadurismo tiene mucho más que ver con el pensamiento cotidiano del hombre corriente que con la ideología de los potentados.

Reconozcamos, porque este reconocimiento será parte de nuestra fuerza, que carecemos, colectivamente, de un conjunto definido de dogmas militantes, pero que nos sentimos cómodos compartiendo, si no todos, sí buena parte de los 15 rasgos que presentaré a continuación.

1. Un conservador desconfía del orgulloso historicismo que cree que el presente es el tribunal ante el cual ha de acudir el pasado a asumir las culpas de nuestras insatisfacciones. El conservador sabe que el pasado está hecho con la inteligencia disponible en cada momento.

2. Un conservador hoy se sabe heterodoxo y, por lo tanto, más libre que los ortodoxos. Como decía aquel caballero de la ley que fue Maura, la libertad se ha hecho conservadora.

3. No le pide a la naturaleza que se ponga a las órdenes del Partido y, por esto mismo, se niega a someter la moralidad a la historia.

4. *E pluribus unum*. Este es su lema. Cree, como Maura y Pascal, que «la multitud que no se reduce a unidad, es confusión; la unidad que no está constituida por multitud, es tiranía».

5. Sabe que el hombre no es ni omnipotente ni omnisciente y, por eso acepta los límites de la acción social.

6. Es reticente a cualquier proyecto de construir la convivencia sobre principios abstractos. Cuando Marx se quejaba de que los filósofos no habían hecho más que interpretar el mundo, cuando lo que habría que hacer es cambiarlo, pasó por alto lo importante: si los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo, es que esta tarea no es nada fácil. El orden social no es ni tan inteligible ni tan maleable como piensan algunos y no está exento de riesgos el intento de cambiarlo que no se ha comprendido. Como si estuviera pensando en Marx, Alfonso Osorio recuerda también que «cuando a Von Braun se le felicitó por haber vencido el espacio, contestó que se había limitado sencillamente a comprenderlo».

7. Sabe que el hombre corriente no es un santo. Pero si dice que está bien, lo cree y se alegra con él, sin intentar persuadirlo de que en realidad se encuentra mal y que su conciencia del bienestar es una prueba de su alienación. No cree que el hombre corriente necesite a un intelectual crítico para saber cómo está. Leopoldo Calvo Sotelo observó que «cuando Cristo se propuso hacer algo radicalmente nuevo no acudió a los esenios ni a los fariseos, que seguramente

tenían mucho y muy bueno escrito: acudió a unos pescadores ignorantes de Galilea».

8. Con Chesterton, valora la pequeña utopía de «la risa, el matrimonio y la cerveza» y no tiene inconveniente en ocupar el terreno que generosamente le ceden los que, como Carmen Calvo, reconocen que «para un socialista es difícilísimo hablar de cañas y de berberechos».

9. En tanto que conservador, tiene algo que conservar. Fue un conservador, Bertrand de Jouvenel, quien primero utilizó la expresión «ecología política» (en 1957). Como reconocía Scruton, términos como ‘conservacionismo’ o ‘sostenibilidad’ poseen un inconfundible aroma conservador.

10. Se siente razonablemente orgulloso de lo nuestro, pues, como reconocía Rorty, un pensador de izquierdas, quien carece de autoestima difícilmente querrá mejorar.

11. No confunde lo bueno con lo nuevo. Con Aparisi y Guijarro sostiene que «lo malo que encuentro en tiempos antiguos lo rechazo y lo bueno de los tiempos presentes lo admito. Yo soy conservador porque conservo esta herencia; yo soy también progresista porque, si estoy mal, deseo estar

24 bien, y si bien, deseo estar mejor, y como hombre honrado, lo que deseo para mí lo deseo para todos».

12. Cuida de sus propiedades. Cánovas solía recordar las palabras de don Quijote al ventero: «Yo no puedo contravenir a la Orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto [...] que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen.» Para Cánovas, el pensamiento conservador está en la respuesta del ventero: «Páguese me lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías; que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.» «Toda la vida racional –concluía Cánovas– consiste ante todo en cosa tan humilde y vulgar: en tener cuenta con la propia hacienda, y no gastar nunca más que aquello que se ha de pagar cabalmente.» Eso, añadido yo, es lo que nos permite disponer de libertad para leer a Cervantes.

13. Sabe que la política hace con frecuencia extraños compañeros de cama. «Toda la gente de bien está con usted», le dijo una vez una mujer a un político que acababa de dar un mitin. «Pues no tengo suficiente», le respondió este. «¿Qué más quiere?» «¡La mayoría!» respondió el político.

14. Sabe que a un político serio la realidad no le decepciona porque acepta como premisa que la decepción anida en el corazón de la política. Más le preocupa el entusiasmo que, como decía Kundera, es el opio del pueblo. Esto no significa que no hayan existido en España políticos que, por vagar por las nostalgias del ideal, perdieron el pulso de la realidad y acabaron decepcionados de España y de sí mismos. Fue el caso de Silvela.

15. Es partidario de decididas políticas sociales por razones perfectamente conservadoras.

16. Y, al final, pero como guinda y clave de bóveda, la defensa de las instituciones intermedias y, en primer lugar, de la familia.

Nuestra historia

Quisiera ahora poner estos rasgos en movimiento, situándolos en la historia, pero resaltando aquellos que son más desconocidos incluso para los mismos conservadores, en particular, las políticas sociales.

Comenzaré con una decisión. Ya que en estas cosas se puede elegir el padre, proclamo a Jovellanos como el padre del conservadurismo español. No soy el primero en hacerlo, sigo en ello los pasos de Nocedal. Para justificar mi decisión son suficientes dos fragmentos de sus cartas. En la primera, dirigida al cónsul inglés Jardine (03.06.1794), leemos: «Apruebo a los que tienen valor para decir la verdad, a los que se sacrifican por ella; pero no a los que sacrifican a otros entes inocentes a sus opiniones, que por lo común no son más que sus deseos personales, buenos o malos.» La segunda va dirigida a Lord Holland (22.05.1809): «Desconfío mucho de las teorías políticas y más de las abstractas. Creo que cada nación tiene su carácter; que éste es el resultado de sus antiguas instituciones; que si con ellas se altera, con ellas se repara; que otros tiempos no piden precisamente otras instituciones, sino una modificación de las antiguas.» Por conservador, Jovellanos no compartió el mimetismo de los diputados de Cádiz con la Asamblea Constituyente francesa, en vez de seguir la propia senda constitucional. «¿Por ventura –escribe en 1809– no tiene España su constitución? Tiénela sin duda; porque ¿qué otra cosa es una constitución que el conjunto de leyes fundamentales que fijan el derecho del Soberano y de los súbditos, los medios saludables de preservar unos y otros?»

Jovellanos, pues, se sitúa en la estela del constitucionalismo inglés y su ejemplo será seguido por Martínez de la Rosa, el revolucionario al que las canas le permitieron comprender los peligros de «convertir teorías generales y abstractas en reglas prácticas de gobierno». El destino de Martínez de la Rosa, en esto similar al de Castelar y, en parte, al de González Bravo, fue asustarse de las revoluciones de las que había sido heraldo. Martínez de la Rosa llegó a la conclusión de que la Constitución de Cádiz ni encajaba en nuestras costumbres ni obedecía a una necesidad colectiva. Todos sus esfuerzos fueron dirigidos, desde entonces, a levantar un puente constitucional para el tránsito pacífico del absolutismo a la libertad. Fue él quien presentó en las Cortes, siendo ministro de Estado del gobierno de Narváez, el proyecto de ley de abolición del tráfico de negros (22.12.1844).

Lamento no poder detenerme en figuras conservadoras tan notables como las de Cea Bermúdez, del –también escarmentado– duque de Rivas o de Juan Francisco Pacheco (en quien Cánovas vio un predecesor de su proyecto liberal-conservador), pero es que nos espera Balmes, notable por tantas razones. Lo presentaré con el consejo que nos ofrece en su *Pío IX*: «¿Queréis evitar revoluciones? Haced evoluciones.»

Posiblemente su heredero más cabal fue Ángel Herrera, quien tuvo al de Vic por «el más grande de los periodistas políticos doctrinales». Veía en su compromiso ciudadano «uno de los episodios más bellos de la historia de España del siglo XIX. Un joven sacerdote, de poco más de treinta años, que abandona su querida ciudad de Barcelona para trasladarse a Madrid con la justa pretensión de ofrecer al gobierno y a los partidos una fórmula política que hubiera cambiado el curso de la historia de España. Es de un extraordinario valor moral esta aparentemente quijotesca aventura. Y la fórmula no fue admitida, no porque no fuera sensata y prudente, sino porque las pasiones políticas y las influencias extranjeras la hicieron fracasar» (OC, II, 306). Herrera se está refiriendo al proyecto balmesiano de acabar con la guerra civil mediante el matrimonio de Isabel II con el pretendiente carlista, el Conde de Montemolín.

Pero Herrera admiró en Balmes por encima de todo, su decisión de proporcionarle una tribuna pública a la concordia con *El pensamiento de la nación*, semanario del que fue director y único redactor.

La sombra de Balmes es tan alargada que cuando en 1966 Gil Robles publica las *Cartas del pueblo español*, en las que

presenta un proyecto constitucional para España, recurre a dos contundentes afirmaciones de Balmes que estaban de la mayor actualidad: «La corriente de las ideas pasa por entre las calles de las bayonetas» y «¡Ay de los pueblos gobernados por un poder que ha de pensar en la conservación propia!»

Herrera reconocerá que «la tercera España se llamó a mediados del siglo, Balmes. Y en el último cuarto de este siglo, en el orden político, se llamó Cánovas. En la línea de esta tercera España nos situamos» (OC, VI, 486-487). Yo añadiría muchos más nombres a la tercera España y, entre ellos, el de Bravo Murillo. Guiado por su lema de «Moralidad y economías» reformó los planes de enseñanza, creó inspectores, hizo estudiar agricultura a los maestros para fomentar la riqueza campesina nacional, forjó un plan de carreteras, fomentó la construcción de ferrocarriles, proyectó canales, entre ellos el de Isabel II, etc.

Permítanme también resucitar aquí a un conservador y apologista cristiano. Severo Catalina. Quiero recordar dos libros suyos. El primero se titula *La mujer. Apuntes para un libro* (1857). ¿Y qué creen ustedes que puede decir un conservador sobre la mujer en esta fecha? Pues esto: «La historia de la humanidad no podrá escribirse en tanto la

30 educación se limite a una parte de la humanidad. El mundo no sabe todavía lo que es la mujer porque la sociedad le cierra la boca desde que nace hasta que muere [...]. ¿Por qué las mujeres no habían de acudir a universidades y recibir grados y ejercer profesiones científicas e industriales?» El segundo es *La verdad del progreso* (1862) cuya tesis es que «progresar no es correr, progresar es subir; y cuesta arriba no se puede correr; basta con andar».

Desde luego en la historia del conservadurismo español merece un lugar de honor Concepción Arenal, la española más universal de su tiempo. También en su caso me voy a limitar a unas pocas notas.

La primera, sobre los presidiarios y las prisiones. «Hay que combatir –decía– esa idea de lo definitivo de la criminalidad, ya que el delito no es un estado permanente [...]. El delincuente no es un caso, es un hombre [...] susceptible de enmienda» (*El visitador del pobre*, 1860). La prisión ha de ser «un hospital donde lo enfermo son las almas» (*Estudios penitenciarios*, 1876).

La segunda, sobre la mujer. Esta es su posición: «En el mundo oficial se le reconoce aptitud para reina o para estanquera;

que pretendiera ocupar los cargos intermedios parecería absurdo» (*La mujer del porvenir*, 1880). 31

Arenal rechazó siempre el socialismo por temperamento y por convicción. Su pensamiento puede definirse como social-cristiano y con él se adelantó veinte años al papa León XIII.

Cánovas y Castelar

El primer político que en España se plantea un 'giro social' es Cánovas, creador del primer partido que se definió a sí mismo como liberal-conservador: «Mi criterio político –sostenía– ha sido siempre liberal conservador, y liberal conservador soy, y liberal conservador seré hasta el sepulcro.» Pero tenía claro también que «los partidos conservadores son tan necesarios en el orden político, que bien pudiera decirse para definir la situación de un Estado cualquiera: ese Estado es lo que es su partido conservador».

Para Cánovas «la política es el arte de aplicar en cada época de la historia aquella parte del ideal que las circunstancias hacen posible». Un partido conservador no puede vivir,

32 sin traicionarse a sí mismo, fuera de la realidad. No ha de renunciar a nada. Al contrario, ha de conservar «los ideales para procurar ir infiltrándolos en el espíritu general, pero sin querer imponerlos, que es lo revolucionario, en todo momento y de cualquier manera en la realidad».

Nunca se hubiera atrevido a referirse a los derechos individuales como ‘derechos inaguantables’, como más de una vez se refirió Sagasta. Por eso un liberal de la talla de Juan Valera le reconoció por carta a su amigo Menéndez Pelayo: «su partido», esto es, el de Cánovas, «es menos cursi y vulgar, menos inalfabético y más culto que el partido en que yo estoy».

Cánovas logró que en un país dividido por las guerras civiles, los pronunciamientos y la intolerancia, se impusiera «la licitud de todas las ideas y la legalidad de todos los partidos». Estas últimas palabras son un reconocimiento que le dirigió Canalejas.

Fue Cánovas quien presentó (1890-92) al gobierno los primeros proyectos sobre descanso dominical y protección de mujeres y niños. Bajo su presidencia, el liberal Moret creó en 1883 la Comisión de Reformas Sociales, que en 1903 el conservador Silvela transformará en el Instituto de Reformas Sociales.

Francisco Cañamaque lo describe de esta manera: «Es orador, político, literato, tres veces académico, historiador, poeta, jurisconsulto, diplomático, periodista, geógrafo, artillero, aljamiado, monstruo, malagueño, conservador liberal, liberal conservador, y bizco [...]. Para ser la novena maravilla no le falta más que morir obispo, confesor, virgen y mártir [...]. Cuando quiere –y quiere siempre– sabe ser irónico, gracioso, epigramático, punzante, venenosillo. ¿Quién ignora que, privadamente, es uno de los hombres más chistosos, ocurrentes y decisores?»

Antes de dejar atrás a Cánovas, recalemos en Castelar, porque si el neoconservador, como decía Irving Kristol, es un liberal asaltado por la realidad, Castelar fue el primer neoconservador del mundo. La desastrosa experiencia republicana le enseñó tres cosas fundamentales: «la impureza nativa de toda realidad»; que educar ciudadanos es más importante que educar revolucionarios y que la república española era inviable sin un partido conservador republicano.

Siendo presidente de la República, dijo pocas horas antes de que Pavía disolviera las Cortes: «Urge fundar el partido conservador republicano [...], porque si no tenemos muchos matices no podremos conservar mucho tiempo la

34 República.» Si esto fue verdad en la Primera república, más verdad aún lo fue en la Segunda.

Su conservadurismo es fruto tanto de su experiencia política como de su conocimiento de la política internacional. Así lo asumió en un discurso que pronunció en las Cortes (30.7.1873): «Todo cuanto nosotros hemos defendido lo han realizado los conservadores. ¿Quién ha sostenido la idea de la autonomía de la nación húngara? Un republicano, Kossut. ¿Quién la ha realizado? Un conservador, Deak. ¿Quién ha sostenido la idea de la abolición de la servidumbre en Rusia? Un republicano, Rillefet o Herten. ¿Quién la ha realizado? Un emperador, Alejandro. ¿Quién ha sostenido la idea de la unidad de Italia? Un republicano, Mazzini. ¿Quién la ha realizado? Un conservador, Cavour. ¿Quién ha sostenido la idea de la unidad de Alemania? Los republicanos de Frankfurt. ¿Quién la ha realizado? Un imperialista, un cesarista, Bismark. ¿Quién ha despertado la idea republicana, tres veces ahogada en Francia? Un poeta insigne, Victor Hugo; un gran orador, Julio Favre; otro orador no menos ilustre, Gambetta. ¿Quién la ha consolidado? Un conservador, Thiers.» Efectivamente, ninguna idea política adquiere carta de naturaleza hasta que no es defendida por los conservadores.

Poco antes de morir (1899), le confiesa a Silvela: «Querido amigo [...]. La conservación me tendrá a su lado siempre; la reacción, enfrente.»

La gran política social conservadora

Si hubo políticas sociales en España es porque estaban acompañadas de importantes estudios sociales llevados a cabo por conservadores. Quiero resaltar los del conservador navarro Sanz Escartín, autor de la trilogía *La cuestión económica* (1889), *El Estado y la reforma social* (1892) y *El individuo y la reforma social* (1896). Escartín no estaba dispuesto a que se postergase para otra existencia el dominio de la justicia. Era como Dato y Manuel de Burgos y Mazo, un socialcristiano decidido a hacer intervenir al Estado para «mitigar los males producidos por el moderno industrialismo, y principalmente con el de mejorar la situación de las clases desvalidas, haciéndolas participar de los beneficios de la civilización».

Cánovas dijo de él que merecía «ocupar uno de los lugares primeros en el catálogo de nombres de españoles que hasta hoy han tratado de la producción, el consumo y el reparto

36 de la riqueza». Pero Sanz Escartín ve este reparto con una mirada cristiana, no marxista, porque, como escribe en 1939, poco antes de morir: «La prosperidad de los pueblos y el predominio del marxismo son incompatibles.» Estaba al tanto de lo que sucedía en Rusia.

Respecto a la obra de Dato, un mero resumen nos da idea de su magnitud: De 1900 son la ley de accidentes laborales y la Ley reguladora del trabajo de mujeres y menores. De 1903, el Reglamento de Inspección de los servicios para contribuir a la reforma penitenciaria con el cual se propuso «aplicar a los delincuentes un tratamiento reformador». En 1909 contribuye a la creación del Instituto Nacional de Previsión, que preside entre 1909 y 1913. En estas fechas inspira la ley que, tras su asesinato, presentó Sanz Escartín, que permitía expropiar las tierras abandonadas o mal explotadas.

En 1910 ingresó en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, y en su discurso, titulado *Justicia social*, afirmó, sin que nadie lo contradijese, que fue el partido liberal-conservador el que inició la legislación obrera. Este mismo año confiesa ante la juventud conservadora: «Quien más ostensiblemente representa la defensa social es, sin duda alguna, el Partido Liberal Conservador.»

En 1920 crea el Ministerio de Trabajo.

37

En 1924, respondiendo en la Cortes al liberal Eduardo Vicenti, que lo acusó de representar «dentro del partido conservador el socialismo», sostuvo que «las nuevas necesidades han producido nuevas leyes. Cuando en una fábrica estalla una caldera y la explosión mata a un obrero, ¿quién es el culpable? Probablemente el culpable no es el patrono, y, sin embargo, en nuestros días creemos un deber imperioso, un deber de justicia, el indemnizar a la viuda, a los hijos de ese hombre que falleció realizando una labor social. Este es mi socialismo; ésta es la obra que modestamente yo persigo, una obra de armonía, de concordia, de pacificación y, en consecuencia, una obra conservadora».

Junto a Sanz Escartín y Dato hemos nombrado antes a Manuel de Burgos y Mazo. En 1914 publicó su estudio sociológico, en seis volúmenes, titulado *El problema social y la democracia cristiana*. En 1915 presentó a las Cortes un proyecto de ley sobre Tribunales para Niños que pretendía crear una jurisdicción para menores, que no prosperó. En 1919, siendo ministro de la Gobernación, intentó sacar adelante una ley electoral que contemplaba el sufragio universal al otorgar el voto a las mujeres.

Maura era un hombre que creía lo que decía. Cuando le decía a la oposición que «la libertad se ha hecho conservadora», lo creía; cuando añadía que «vuestro derecho está en nuestras manos, más seguro, que lo que el nuestro lo estaría en las vuestras», también. Y cuando aseguró que prefería unas elecciones limpias a ganar unas elecciones, nadie lo puso en duda.

Fue el primer político conservador que salió a la calle a ganarse los votos. A Salmerón le dice en el Parlamento: «Ahora las clases conservadoras irían al suicidio si siguieran sesteando perezosamente al amparo de las autoridades y de la fuerza; ahora es preciso que entren vigorosamente en la vida pública y ejerciten todos sus derechos para afrontaros a vosotros, que sois un montón de contradicciones [...]. Buscamos nuestra fuerza en la opinión pública y hacemos la política que en otro tiempo hacían los partidos de la izquierda.»

Cuando el maurista Augusto González Besada presentó un proyecto tributario sobre la renta que gravaba las fortunas que se hicieron durante la Primera Guerra Mundial,

con el argumento de que habían sido posibles gracias a la neutralidad de España, hubo liberales que lo acusaron de leninista, mientras que *El Debate* (18.10.1918) reconocía: «A nosotros nos parece bien.» Y añadía: «Una vez más se da en la política española el raro fenómeno de que sean políticos conservadores quienes llevan a la legislación los más audaces y modernos avances democráticos, así en el orden fiscal como en el social.»

Azcárate reconoció públicamente que ‘jamás’ el Instituto de Reformas Sociales había estado tan asistido por gobierno alguno como lo estuvo durante el gobierno de Maura. Jamás –añadió– la inspección de trabajo había aplicado mejor su misión.

Reprimió la usura, suprimió el pago de salarios en especie; aprobó la ley de huelgas, considerada la más progresista de Europa, con un argumento nítidamente conservador: la propiedad inalienable del obrero sobre su trabajo; dictó la Ley de responsabilidad civil de los funcionarios públicos (1904) y el Estatuto de Funcionarios (1918); suprimió la publicidad de las ejecuciones y el llamado ‘fondo de reptiles’; dispuso que se proveyeran mediante oposición todos los empleos de su ministerio.

40 Quiero hacer también mención a un liberal, José Canalejas, porque si Cánovas no se cansaba de advertir que los conservadores eran liberales, Canalejas se empeñó en demostrar que los liberales eran gubernamentales.

En presencia del rey, Canalejas reconoció la importancia de la legislación social de Dato con estas palabras: «La ley sobre accidentes del trabajo, susceptible y necesitada de enmiendas y complementos, constituye el más autorizado precedente para todas las reformas que otros preparamos y en que tenemos empeñada de por vida nuestra voluntad.»

Canalejas almorzaba cada jueves con los conservadores Silveira y Dato en el Nuevo Club de Madrid, intentando preservar aquel principio del que tanto se enorgullecían Sagasta y Cánovas: la primera obligación de los partidos con conciencia de Estado es no interrumpir las relaciones fluidas entre ambos.

Cuando se habla del agotamiento de la gran obra de los conservadores, que fue la Restauración, se suele olvidar que la Restauración no murió. La mataron cuando asesinaron a Cánovas, Dato y Canalejas. Recordemos también que Maura, Cambó y Ángel Ossorio salieron vivos de milagro de los atentados que padecieron. Maura, dos.

Hemos recogido más arriba la advertencia de Castelar: Sin un partido conservador republicano, no habrá república. Si ese partido no acabó de cuajar en la segunda república fue, primero, por la estrechez de miras de Melquíades Álvarez y Alcalá Zamora, y, segundo, porque los que se creían con el derecho de propiedad sobre la república no aceptaron a Gil Robles como un competidor legítimo. Incluso recelaban, comenzando por Azaña, del republicanismo de Melquíades Álvarez. Si insisto en este punto es porque quizás guarde una importante lección histórica.

Es difícil de entender por qué el Partido Reformista de Melquíades Álvarez, que contó en sus filas con Gumersindo de Azcárate, Adolfo Posada, Giner de los Ríos, José Manuel Pedregal, José Ortega y Gasset, Pérez Galdós, García Morente, Manuel Azaña, Luis de Zulueta, Juan Uña, etc., no fue capaz de cuajar una alternativa consistente. O por qué Alcalá Zamora, que pudo haber sido el político que hiciera posible no una República conservadora, sino una política con conservadores, no estuvo a la altura de este reto. Lo cierto es que desconfió de las que llamó las ‘genuinas derechas españolas’ y nunca pareció muy interesado en integrarlas.

En 1930 Alcalá Zamora se había decantado por «una república viable, gubernamental, conservadora, con el consiguiente desplazamiento hacia ella de las fuerzas gubernamentales de la mesocracia y de la intelectualidad española». Rechazaba así «una república convulsiva, epiléptica, llena de entusiasmo, de idealidad, mas falta de razón». No veía viable una república en la que él fuese la derecha, «sino una república en la que estuviese en el centro, es decir, una república en la cual se avinieran a ayudarla, a sostenerla y servirla, gentes que han estado y están mucho más a la derecha que yo». Pero desde su puesto de Presidente de la República se incapacitó a sí mismo para organizar el partido que le permitiría realizar este deseo. Fundó la Derecha Liberal Republicana con Miguel Maura y Rafael Sánchez Guerra, pero en las elecciones para las constituyentes sólo consiguió 25 diputados. Su reacción frente al fracaso fue cambiar el nombre del partido. De Derecha Liberal Republicana pasó a Partido Republicano Progresista. Perdió así el centro y a Miguel Maura. En las elecciones de noviembre del 33, obtuvo 3 escaños. Será destituido tras las elecciones de febrero del 36, con un gesto poco elegante que, para algunos fue un auténtico golpe de Estado.

Se podrá objetar a los conservadores que les faltó entusiasmo republicano, pero también a los republicanos de etiqueta

negra les faltó visión republicana de la realidad española. El gran fracaso de la segunda república fue no haber creído a Gil Robles.

Víctor Alba, que había sido un miembro muy relevante del POUM, lamentaba que Azaña no comprendiera «que si la CEDA no hacía declaración formal de republicanismo, era para atraerse a los monárquicos», y que, a través del puente de Gil Robles, los monárquicos, que eran aún numerosos, podrían integrarse en la República. Pero si la CEDA no hizo esa declaración formal, sí declaró lo siguiente: «Somos los más firmes defensores de la legalidad establecida», lo cual hubiera debido bastarle a Azaña. No niego tampoco que las derechas nunca supieron ver en Azaña el conservador que realmente era.

Hemos de reconocer que la CEDA era una amalgama compleja de conservadores en la que no faltaban grandes ‘conserva-suyos’, pero reconozcamos también que en una alocución electoral radiada Gil Robles declaró: «Las derechas, si son fieles a su doctrina, han de realizar una política intensamente obrerista, para las clases trabajadoras. Hay que llevar a la práctica el concepto cristiano de la propiedad y del trabajo.» Este mismo año fue más allá en un discurso

44 en las Cortes: «Para todo lo que sea justicia social, por muy avanzadas que estén vuestras pretensiones, aquí encontraréis los votos que sean precisos; es más, nos adelantaremos siempre que creamos que es de justicia adelantarnos. [...] Una sociedad que se llama civilizada, una sociedad que se llama cristiana, no puede ver con indiferencia que, según las estadísticas, hay en España 650.000 hombres que no tienen que comer. Para remediarlo, lo que sea necesario: seguros sociales, obras públicas, trabajos extraordinarios: lo que sea preciso, señor presidente. ¿Dinero? A buscarlo donde lo haya, con reformas fiscales todo lo avanzadas que sean menester, porque con el hambre de los hombres, de una vez hay que acabar.»

Y reconozcamos igualmente que Giménez Fernández, ministro de la CEDA en el gabinete presidido por Lerroux, fue uno de los más contundentes críticos del caciquismo andaluz.

Nombro a Giménez Fernández porque, tras la injusta victoria de unos y la justa derrota de otros –tomo las palabras de Julián Marías–, se dedicó, como Catedrático de Instituciones Canónicas Hispano-Americanas en Sevilla, a la reconstrucción de la España católica anti-inquisitorial. Creía que un

católico hispano, si es honrado, ha de ser defensor de la democracia. En 1959 fundó la Izquierda Demócrata Cristiana, partido en el que ingresará Ruiz Jiménez, que en 1963 publicó *Cuadernos para el diálogo*. De este caldo de cultivo surgió también Tácito, el grupo reformista más cohesionado, formado, entre otros, por Alfonso Osorio, Fernando Álvarez de Miranda, Pío Cabanillas, Íñigo Cavero, Leopoldo Calvo Sotelo, Landelino Lavilla, Marcelino Oreja, José Luis Álvarez, José Antonio Ortega y Díaz-Ambrona, José Manuel Otero Novas, Joaquín Satrústegui, Óscar Alzaga... Fueron un soporte fundamental de Suárez.

En 1966, Gil Robles, que había participado en 1962 en el llamado Contubernio de Múnich, publicó en Salamanca, con un amplio grupo de colaboradores, un texto admirable, *Cartas del Pueblo Español*, defendiendo abiertamente el cambio de régimen y la recuperación de la democracia.

La transición

Es bien extraño que la izquierda haya transmitido a los españoles, sin apenas réplica, la idea de que la libertad y la democracia se restablecieron a pesar de las reticencias

46 de la reaccionaria derecha española. Alfonso Osorio, que ocupó la primera fila de la Transición, fue uno de los pocos en defender, sin complejos (*Escrito desde la derecha*, 1985) que «no fue la izquierda socialista, sino la derecha social y política la que trajo a España la libertad y la democracia; que fue ella la que hizo posible el cambio [...]. Fue ella la que hizo la Ley para la Reforma política; fue ella la que llamó al Referéndum para su aprobación; fue ella, en fin, la que convocó las elecciones generales a las que acudió la izquierda socialista no descendiendo desde la cumbre de una ibérica Sierra Maestra, sino desde los despachos de Madrid con hilo directo con el poder de entonces».

Algo se hizo bien en la transición cuando hasta los de Podemos alaban el artículo 129.2 de la Constitución, que dice que los poderes públicos «establecerán los medios que faciliten el acceso de los trabajadores a la propiedad de los medios de producción». Lo que quizás no sepan es que este artículo lo propuso en la ponencia constitucional Licinio de la Fuente, que era de AP. Jordi Solé Tura, representante del PCE en la ponencia, admitió que él no se hubiese atrevido a tanto.

Esta es la pregunta que se hizo Adolfo Suárez, al salir de una reunión de UCD en 1980. Pensaba en su partido político. Yo pienso en España y en la infanta que fue capaz de soltar, con la intención de ser oída, este deprimente exabrupto: «¡Qué ganas tengo de que acabe esto para no volver a pisar este país!»

No hemos sido capaces de dotarnos de una ‘historia nacional’, a la Michelet, sin complejos mitificantes y personalizantes. Por eso conviene recordar lo que le ocurrió al diputado de las Cortes de Cádiz, Juan Nicasio Gallego. Se entretuvo un día escuchando a un ciego que recitaba romances ensalzando las victorias militares españolas en la guerra de la Independencia. Al acabar, le preguntó: «¿Es que los franceses no tienen victorias?» «Sí, señor –le contestó el ciego–, pero las cantan los ciegos de Francia.»

Hume animaba a «someterse a las tradiciones que hemos encontrado establecidas en el país en que nos tocó vivir, sin entrometernos demasiado en su origen. Menéndez Pelayo le hizo caso y, con una ironía que pocas veces se le reconoce, escribió que «Temeridad sería negar la predicación

48 de Santiago en España, pero tampoco es muy seguro el afirmarla». Maeztu, más radical, creía necesario defender la intervención del apóstol Santiago en la batalla de Clavijo sobre un caballo blanco, sin transigir ni con que fuera tordo.

Si me lo permiten, voy a acabar con un grito de guerra.

Es bien sabido que entre los británicos se considera de mala educación mojar una pasta en el té. Pero a nosotros nos gusta. Por eso cuando don Alfonso XIII se encontraba en Londres, convocaba a los integrantes de la colonia española a tomar el té. Una vez servido, el monarca cogía un bollo y lo mojaba con entusiasmo mientras lanzaba el grito de guerra que ahora hago mío: ¡Españoles! ¡A mojar!

Un pueblo es, sobre todo, un repertorio de costumbres y por eso los gestos y los ritos son a la vida política lo que la liturgia a la religión. Parece que hoy esta bandera está a disposición de quien quiera recogerla y enarbolarla sin complejos.

Así, pues, «¡Españoles! ¡A mojar!» E interpreten estas palabras como mejor les parezca.

Denominación de origen*

Enrique GARCÍA-MÁIQUEZ

EMPECEMOS enfrentándonos a una paradoja del programa. Se nos propone hablar de cómo influir en la cultura desde la posición del *intelectual conservador*. He aquí el embrollo: el conservadurismo es ontológicamente anti-intelectual. Es un sentimiento, una actitud, un instinto... de conservación. Para Russell Kirk: «El conservadurismo es la negación de la ideología» porque «desconfía de los grandes sistemas de pensamiento y prefiere las fórmulas pragmáticas y acostumbradas».

49

* Comunicación realizada el 20 de octubre de 2023, en la Universidad CEU San Pablo, en el marco del congreso «El Conservatismo hoy: la defensa de las libertades, las tradiciones y la cultura», coorganizado por la revista *The European Conservative* y CEU-CEFAS. Enrique García-Máiquez es profesor, escritor y columnista. Este texto fue publicado en el diario *El Debate*, el 21 de octubre de 2023.

50 San John Henry Newman considera que nos caracteriza «la lealtad a las personas y no a las abstracciones». Aunque John Lukacs no habla del «conservador», se refiere halagadoramente a nosotros cuando afirma que «el auténtico valor del reaccionario pasa precisamente por su apego al honor y a los principios, por encima del dogmatismo abstracto de las ideologías». El joven Miklos Lukacs explica que, a diferencia del socialismo y del liberalismo, que son deductivos y se imponen a la realidad, el conservadurismo es inductivo, y nace de esta.

¿Quiero decir que pienso que el programa se ha equivocado con la propuesta para nuestra mesa redonda, ya que no existe este *monstruo casi mitológico*, mezcla de dos naturalezas, como el centauro, como el minotauro, como el grifo o como el fauno, que es el «intelectual conservador»? En absoluto. Mitológico es el animal, lo somos, pero yo me atengo a esa fábula de Kostas Axelos en sus *Cuentos filosóficos* que a Gregorio Luri le gusta recordarnos: «Un matrimonio de centauros contempla con dulzura a su hijo que anda trotando inocentemente, a su aire, por una playa mediterránea. El marido se vuelve hacia su mujer y le pregunta: “¿Debemos decirle ya que solamente es un mito?”». El intelectual conservador vive en un idéntico dilema ontológico, pero es

mejor no desengañarnos todavía. Entre otras cosas porque la ola que nos invita a surfear el CEU-CEFAS es de vital importancia y urge. ¿Cómo influir en la cultura?

Tras la defensa de nuestro carácter práctico, voy a identificar cinco áreas o campos de trabajo muy concreto.

La primera misión del intelectual conservador es constatar la existencia y la *naturaleza del conservadurismo*. No es fácil. Lo reconocía Peter Viereck: «El conservadurismo mal puede ser una cosa sencilla, siendo como es un temperamento implícito, una filosofía menos distinta u clara que los otros ismos famosos.» La misma confusión con su nombre propio: conservadurismo, conservadorismo, conservatismo, es muy significativa. La confusión –al menos– está clarísima. Y tanto. Abundan quienes critican el conservadurismo poniendo como ejemplo a políticos, como Rajoy, que han renegado explícita y solemnemente del conservadurismo en un congreso del partido; y, en cambio, a los que nos confesamos humildemente conservadores nos dicen que nosotros no lo somos, sino reaccionarios, porque o esa es la etiqueta que les gusta y ellos nos tienen cariño o porque son como el perro del hortelano centrista que ni son conservadores ni nos dejan serlo. Yo, más que en cómo se autopercibe cada cual,

52 miraría su código genético y si encaja en las descripciones inductivas del conservadurismo, realizadas por Scruton, Oakeshott, Russell Kirk y Olavo de Carvalho. Expongamos aquí la definición canónica de conservador de Oakeshott. El conservador es quien prefiere «lo familiar a lo desconocido; lo probado a lo probable; lo actual a lo posible; lo limitado a lo ilimitado; lo próximo a lo distante; lo suficiente a lo superabundante; lo conveniente a lo perfecto; y la risa presente a la felicidad utópica». No son bizantinismos. No podemos pretender influir en la cultura si hasta nosotros mismos tenemos dudas acerca de quiénes somos. Se desperdicia así, por cierto, la gran potencia electoral que tendría el conservadurismo. Pues, como dice Scruton, es la posición política de la gente normal, que quiere preservar el modo de vida que ha heredado: su familia, su cultura, su entorno... La percepción de Scruton se traduce en la primera ley de la política de Robert Conquest: «Todo el mundo es conservador en aquello que conoce de primera mano.» Pero si no conoce el conservadurismo (y la labor del intelectual conservador es explicárselo) cómo va a saber que lo es.

La segunda misión es todavía más arriesgada. Hay quienes de verdad y con conocimiento de causa prefieren definirse como *demócratas cristianos*, *liberales*, *reaccionarios*,

tradicionalistas... Ya puestos, si jugamos a las etiquetas, a mí la que me gusta es la de güelfo blanco. Pero, aunque jugar es divertido y sano, conviene pacificar a las familias intelectuales de la derecha. El conservadurismo es el denominador común. Lo necesitamos mucho, pues el debate de los matices nos distrae demasiado, y, cuando pasa de la discusión teórica al desprecio práctico, mina una unidad básica. Pidiéndole prestada una metáfora al vino, lo que siempre nos gusta, diríamos que el conservadurismo no es una marca registrada, sino una denominación de origen, que acoge viñas diversas y distintas casas comerciales. El conservador, por el papel preponderante que otorga la conversación y por su entrenada capacidad para detectar lo bueno y común de cualquier postura para conservarlo, se entiende mejor con todos: con el liberal, por su aprecio a la libertad y al mercado; con el reaccionario, por su compromiso con los principios; con el tradicionalista, por su respeto al pasado y su afán de transmitirlo... Como último y desesperado argumento de autoridad me van a permitir que traiga incluso al diario *El País*, que, en su diccionario de sinónimos, ofrece estos del conservador: «tradicionalista, retrógrado, reaccionario, derechista, carca». ¿Es o no es la casa común? Y si a alguien le quedan dudas, *El País* nos regala este único y definitivo antónimo: «Progresista».

54 En el tercer lugar, como es el central de mi enumeración, quiero situar el elemento imprescindible para influir en la cultura. Crearla. Escribir poesía, pintar belleza, presentar esculturas, levantar la arquitectura... El conservador tiene que tener presente un doble deber: conservar lo valioso del pasado... y crear cosas que merezca la pena conservar en el futuro.

El cuidado del lenguaje, tan constantemente adulterado como herramienta demagógica, es esencial. Se necesitan poetas conservadores. En efecto, Scruton ha subrayado la importancia de la cultura (de la alta cultura) dentro de esta cosmovisión: «Los mejores intelectuales conservadores han dedicado parte de su atención a la naturaleza del arte y a los mensajes que contiene. La primera publicación importante de Burke, por ejemplo, fue un tratado sobre las ideas de lo sublime y la belleza. Las *Lecciones sobre la estética* de Hegel son la cumbre de su contribución al pensamiento del siglo XIX, y muchos conservadores culturales fueron también autores destacados, en verso y prosa: Chateaubriand, por ejemplo, o Coleridge, Ruskin y Eliot.» El filósofo Higinio Marín ha dado la razón última: «Para tener por qué luchar, hay que tener qué cantar.»

En cuarto lugar, considero fundamental prestar una atención muy intensa al cultivo de la crítica. Es un lugar común bastante atinado que *la crítica está en crisis*. Hay razones circunstanciales como que faltan revistas en papel de referencia o que el interés con las redes sociales se ha desperdigado; pero hay una razón esencial: se ha perdido el criterio, y sin criterio no puede haber crítica. ¿Y cuál es el criterio? En última instancia, el conservador. Porque, por un lado, están los trascendentales –la verdad, la bondad, la belleza– que apelan a profundas constantes antropológicas y, después, está la tradición. Y, por supuesto, su articulación con el talento individual, que tan bien estudió T.S. Eliot. Recuerdo una anécdota del poeta y crítico Fernando Ortiz, añorado amigo y maestro. En su juventud y primera madurez, se situó ideológicamente en cierto socialismo con ribetes andalucistas. Pero ya era el autor de sonetos impecables. En una lectura, un caballero del público le espetó que tan progresista no sería cuando escribía sonetos. Aunque Fernando Ortiz aún estaba enfadado años después con aquel anónimo comentarista, yo, que tanto aprendí de él, sostengo que aquel espontáneo tenía razón. El respeto a la tradición que, inevitablemente, caracteriza a los creadores valiosos, es ya un germen de conservadurismo implícito. Al intelectual conservador le corresponde sugerirlo, sutilmente, con delicadeza.

56 Por último, el intelectual conservador ha de aportar el sostenimiento y la defensa del valor intrínseco de las obras culturales frente al relativismo crítico, el nihilismo político y el subjetivismo social. Estos han conseguido que se impongan criterios cuantitativos (si son *best-sellers* o no, los precios de los cuadros, las visitas a las páginas *webs*, los *likes* en las redes sociales, etc.) o criterios pseudo cualitativos (los premios públicos, el prestigio de publicar en los periódicos de referencia). Si la mesa redonda fuese de gestión política cultural, yo lanzaría un reto. Hay que revertir la costumbre de que la izquierda promocióne y premie a los suyos y la derecha moderada premie y promocióne a los de izquierdas, para posar de tolerantes y/o porque le da igual. El resultado es que la población recibe el mensaje de que el arte, el pensamiento y la literatura son inexorablemente de izquierdas. El daño –incluso electoral– es muy profundo.

Nosotros, como mitológicos intelectuales conservadores, no somos gestores. Sí podemos, sin embargo, no caer jamás en esas ridículas valoraciones perezosas. Lo mínimo que se nos puede y debe exigir es que demos razón y testimonio en nuestro ámbito de todo lo que vale. Muchas veces lo bueno y lo hermoso será lo de los creadores conservadores y no recibirá los halagos de los medios y de los poderosos. Y algunas

57

veces lo bueno y lo hermoso será creación de personas que no piensen como nosotros o que no sepan que ya piensan como nosotros, al menos en lo bueno y hermoso que hacen. También los alabaremos. Ello redundará en beneficio de una cultura conservadora. San Ambrosio dijo –y santo Tomás de Aquino se lo aplaudió– que «toda verdad, la diga quien la diga, viene del Espíritu Santo». Nosotros digamos –y oigamos– siempre la verdad.

Cómo configurar la cultura*

Harrison PITT

LA última vez que estuve en Madrid, hace apenas un mes o así, me enzarqué en un tira y afloja socrático con un grupo de libertarios metrosexuales. Su tesis principal era que preocuparse por el estado de la cultura resultaba banal e incluso de baja categoría, siempre y cuando el mercado y los individuos puedan disfrutar de la máxima libertad para perseguir sus intereses particulares. 59

Ha sido un soplo de aire fresco convivir con quienes reconocen la insensatez de dicha perspectiva. La cultura es vital precisamente porque establece las condiciones para todo lo

* Comunicación realizada el 20 de octubre de 2023, en la Universidad CEU San Pablo, en el marco del congreso «El Conservatismo hoy: la defensa de las libertades, las tradiciones y la cultura», coorganizado por la revista *The European Conservative* y CEU-CEFAS. Harrison Pitt es analista en *The European Conservative*. Traducción de Aurora Pimentel Igea.

60 demás. Nos guste o no, sólo un número muy limitado de personas tiene el valor intelectual o el temple moral para resistir y esquivar esas ideas y prejuicios dominantes en los que la cultura imperante intentará educarlas.

Precisamente porque la mayoría de la gente somete su pensamiento a la cultura circundante, nosotros, como conservadores con confianza en nosotros mismos, y quienes creemos contar al menos con respuestas provisionales a las cuestiones fundamentales de esta vida, no podemos permitirnos el lujo de descuidarla. Así pues, ¿cómo podríamos hacerlo mejor?

En primer lugar, debemos dejar de cohibirnos a la hora de alcanzar las altas instancias del poder político y valernos de ellas. Cuando los partidos de izquierda ocupan altos cargos no titubean en absoluto. Hacen todo lo posible por remodelar la cultura, aprobando leyes contra los blancos, introduciendo cambios constitucionales y reformando los planes de estudio. En mi país, el Reino Unido, el partido conservador lleva en el poder desde 2010. Sin embargo, un inglés que se despertara hoy de un coma en el que hubiera caído, pongamos en 2009, no encontraría nada en la cultura británica que le permitiera suponerlo.

Si le confirmaran que es cierto, se quedaría sin duda alguna estupefacto al ver que los niños de nuestro país están siendo programados para odiar su propia historia, despreciar a Gran Bretaña como un hervidero de racismo sistémico y creer que la clásica ansiedad adolescente supone una inequívoca señal que muestra que uno debería ser puesto en el indefectible camino que le lleva a que sus genitales le sean amputados.

Esto es lo que ocurre cuando los conservadores confían ciegamente en las instituciones de siempre y abandonan la cultura que configura nuestra perspectiva. A menos que volvamos a implicarnos, tanto a nivel local como estatal, seguiremos donde estamos ahora: bajo lo que Alexis de Tocqueville proféticamente calificó como «el suave despotismo de una élite tutelar».

En segundo lugar, debemos prestar atención de manera urgente a aquellas circunstancias demográficas que determinan la cultura. La más grave amenaza para las diferentes tradiciones nacionales en toda Europa reside en la inmigración masiva de un sinfín de extranjeros que no poseen hacia lo que hemos construido ni una vinculación a través de sus antepasados ni una lealtad instintiva. Una de las

62 excusas más manoseadas que se esgrimen para justificar esta política destructiva es la idea de que Europa es un continente que envejece, hasta el punto de que necesitamos de la inmigración joven y vigorosa del Tercer Mundo para pagar nuestras pensiones.

Los europeos solíamos tener un ingenioso modo de sortear este precipicio demográfico: teníamos muchos hijos. Esto facilita dos cosas. En primer lugar, nos proporciona una ventaja a largo plazo en la guerra cultural sobre nuestros adversarios de izquierdas, dado que generalmente son antinatalistas. El futuro pertenece a los que se presentan a él. Además, sé de buena tinta que procrear más que los izquierdistas resulta mucho más divertido que ponerse a debatir con ellos. En segundo lugar, repoblar el continente con un montón de nuestros propios hijos priva a las élites occidentales, corrompidas por una mezcla de oikofobia y cortoplacismo crónico, de cualquier posible pretexto para traer a nuestros países hombres en edad militar, la mayoría de los cuales suponen en cualquier caso una carga fiscal.

Esta preocupación nada tiene que ver con prejuicios raciales ni de cualquier otro tipo. Sencillamente sucede que los niños que nacen en ese hogar que supone su propio país erigido

y sostenido por sus antepasados sentirán una mayor vinculación emocional hacia dicha cultura que la que puedan lograr los simples cursos de educación cívica que, con toda su cháchara sobre valores artificiales, resultan absolutamente incapaces de replicar esa lealtad en los corazones de los extranjeros nacidos en otros lugares.

El espléndido tejido cultural de Europa no constituye un regalo impoluto e inmutable de los dioses. Como conservadores, no podemos confiar en que se mantenga íntegro por sí mismo, liberándonos a todos para que así podamos dedicar nuestras energías –como insistirían neoliberales de pocas luces como Liz Truss– a la reducción de la burocracia y el recorte de impuesto sobre las plusvalías. La tarea de vigilar la civilización es nuestra. Eso significa utilizar los puestos políticos para defender nuestras tradiciones a nivel institucional, que tan clave son para la cultura y, al mismo tiempo, proteger esas frágiles condiciones demográficas de pertenencia sin las cuales están condenadas a perecer.

Cinco tentaciones conservadoras (y tres propuestas)*

Ricardo CALLEJA ROVIRA

EN los últimos quince años hemos asistido a una 65
aceleración del proceso de rediseño de la sociedad
impulsado por la revolución progresista. Ante esta
disrupción me gustaría destacar cinco tentaciones posibles
que detecto entre los *conservadores españoles*. En todas hay
algo que aprender e incorporar a las posibles estrategias con-
servadoras (nótese el plural). Por eso, intentaré también dar
algunas sugerencias en positivo. Aunque advierto que serán
insatisfactorias para quienes busquen soluciones.

* Comunicación realizada el 20 de octubre de 2023, en la Universidad CEU San Pablo, en el marco del congreso «El Conservatismo hoy: la defensa de las libertades, las tradiciones y la cultura», coorganizado por la revista *The European Conservative* y CEU-CEFAS. Ricardo Calleja Rovira es profesor de Ética en el IESE Business School. Este texto fue publicado en el diario *El Debate*, el 21 de octubre de 2023.

El conservadurismo concebido de modo meramente evolutivo y escéptico puede lamentar la rapidez de los cambios sociales; pero una vez instalados, suele aceptarlos. Al principio quizá solo para evitar la fricción y la movilización del progresismo. Pero al poco tiempo –como puede observarse a simple vista– desarrolla la convicción del converso. El conservador mimético es un progresista lento. Dificilmente querrá desembarazarse del calificativo de liberal, preferirá situarse en el centro, y justificará estas concesiones como exigencias de la moderación. Incluso si adopta una posición de neta resistencia ante las innovaciones, se limitará a formularla en términos liberales (como la defensa de la libertad de expresión irrestricta frente a la cultura de la cancelación).

Parece una posición poco conservadora. Pero aún así podemos aprender de esta tentación a levantar acta de la radicalidad de los cambios acaecidos. Estamos ante la consumación de la revolución en las relaciones sociales reformuladas en los términos del individualismo expresivo con el combustible de las identidades victimizadas. No hay que dar esto por definitivo, pero tampoco hay que caer en la ilusión de que el cambio social opera de modo simétrico: no hay marcha atrás

en sentido estricto. El conservador debe pensar y jugar hacia adelante. El conservador no está en contra del progreso: simplemente no lo cifra en la emancipación del individuo.

El preservadurismo

El preservadurismo se concentra en mantener lo que queda del orden socio-político de las democracias constitucionales, a riesgo de que se deteriore aún más nuestra economía, nuestra convivencia y el funcionamiento de las instituciones. Este compromiso prioritario hace que toda posición sustantiva ambiciosa sea preterida, para no arriesgar los delicados equilibrios. La mayoría de los preservaduristas acaban siendo miméticos, que solo tienen de conservador lo preservador. El preservador está agarrotado por la primacía de la seguridad, propia de un cierto conservadurismo sociológico. Pero me parece plausible mantener esta estrategia como un ejercicio de tolerancia ante males que no gustan, para evitar que vayan a mayores.

De estos, podemos aprender algo sobre el valor de las instituciones y la convivencia. La amistad cívica es rigurosamente un bien común, no un bien meramente instrumental

68 al servicio de bienes morales más sustantivos. Y también sobre la necesidad de ser cautos cuando se manejan objetos valiosos, como las instituciones.

La reclusión reaccionaria

En la línea de la popular «opción benedictina» el conservadurismo de pensamiento más tradicional y querencias comunitarias, opta por ponerse a salvo de la fuerza corrosiva de la cultura contemporánea y desespera de la capacidad transformadora de los procesos e instituciones políticos, así como de otras instancias de poder social. No es muy frecuente en nuestro país, pero nos llegan ecos desde Norteamérica, que tocan la fibra nostálgica e idealista del conservador patrio. La reclusión tiene lugar en espacios cuasi-confesionales, densos y defensivos.

Aunque no sigamos la ruta hacia las montañas, la retirada reaccionaria nos dice algo importante sobre la primacía de las relaciones personales y las prácticas comunitarias, frente a las estrategias políticas y el éxito civil o en la cultura de masas.

Una de las señas más claras del *conservadurismo liberal* es el énfasis en la importancia de los fundamentos morales prepolíticos de las instituciones de la democracia liberal, sin las cuales estas se corrompen. Esta cultura requiere tanto de vínculos comunitarios como de un espacio público abierto a una razonable deliberación sobre el bien común. Un espacio con diversos niveles: desde instituciones públicas, hasta los foros no partidistas propios de la sociedad civil, empezando por la prensa libre y la universidad.

En su día la idea de la sociedad civil fue el arca de Noé donde se preparaba el retorno a la tierra seca del poder político, inspirado en el conservadurismo a la americana. Se intentaba imitar la profusión de *think-tanks* y escuelas de verano –alternativas a una universidad tomada por el progresismo, y financiadas con dinero privado– para generar ideas y formar a las nuevas generaciones. También el progresismo tuvo su momento de floración de instrumentos no partidistas. Hoy, ante la creciente fragmentación de nuestra cultura política y de todos los espacios públicos, con la deriva postliberal de las instituciones, la utopía de la sociedad civil vuelve a tomar fuerza en el ámbito conservador.

70 Se trata de una tentación porque el conservadurismo no debe –a mi juicio– renunciar a buscar y usar el poder político para reforzar el tejido social y cambiar la deriva cultural. Cosa distinta es que una «contrarrevolución cultural» duradera sea posible por medios análogos a los usados por la izquierda. Incluso aunque se dispusiera de esos medios (que no es el caso). También es tentación porque en esta perspectiva, con facilidad se confunde la cultura con los temas y formas propios de un intelectualismo de élites, valioso en sí, pero insuficiente.

Lo he calificado de utopía porque –aunque es necesario y posible que haya foros no partidistas dotados de algunos medios– resulta muy improbable que se piense con rigor y libertad cuando se depende de tan pocas fuentes de financiación, y en concreto cuando se depende de la financiación de los partidos. Y en todo caso, no es suficiente.

Pero esto no disminuye la importancia de la sociedad civil: del diálogo sosegado y razonablemente transversal; de la libertad para ensayar nuevas ideas, sin limitarse a cavar trincheras ideológicas y proveer de munición a los políticos de turno.

Por diversas razones y en diversos lugares, la nueva derecha adopta un discurso menos institucional, más aguerrido y a veces tosco. Apela a valores que tienen su correlato en la tradición conservadora, y que han quedado enterrados por el liberalismo progresista de los últimos decenios: la comunidad, la autoridad, lo sagrado. En las reservas de sentido común del conservadurismo sociológico popular se ha encontrado la caja de resonancia para discursos fuertes, soberanistas e identitarios. Proponen un retorno a formas de orden erosionadas, en defensa de la nación, la familia, la religión y las tradiciones. La sospecha frente a las élites globales –tan marcadas por la ideología progresista– previene frente a las estrategias del preservadurismo más sistémico.

Pero hay indicios de que los «empaquetados» discursivos de las nuevas derechas (el trumpismo, el postliberalismo a la húngara, etc.) no son directamente traducibles al castellano. Pienso que esto es algo que un conservador entiende, porque no piensa tanto en abstracto, como en concreto, pegado al carácter e historia de los pueblos. En España estamos lejos de que la derecha hegemónica sea la derecha identitaria.

72 Diversos factores aumentan los inconvenientes: la división del voto (aunque esto es dudoso); la fricción de los valores tradicionales y la compasión católica con algunos estilos abrasivos; la disonancia entre el centralismo jacobino de corte liberal, y el comunitarismo subsidiario propio del conservadurismo; el desencuentro entre el conservadurismo sociológico urbanita «liberal en lo económico» y los estratos más populares y rurales; la querencia relacional –conversadora– e institucional del conservadurismo, frente a la voladura de los puentes sociales.

Pero también aquí aprendemos importantes lecciones. Que la cultura actual ha experimentado una mutación que no es solo de grado, respecto del orden social tradicional. Que las instituciones ya no son hospitalarias con quienes discrepan de una agenda progresista convertida en religión secular de sustitución, y que la respetabilidad no es el valor supremo. Que el conservadurismo debe de ser social, no libertario; centrado en el bien del trabajo, no solo en los derechos del capital. Que el conservadurismo no puede diluirse en cosmopolitismo: necesita una comunidad política concreta preocupada por asuntos tangibles. Que el conservadurismo español no puede ser una versión original subtitulada del conservadurismo anglosajón. Que el conservadurismo no

puede ser la ideología de los potentados, como ha dicho esta mañana Luri. 73

Propuesta: relaciones, cordialidad y creatividad celebrativa

De mis palabras, resultan evidentes dos cosas. Primera: que personalmente no veo que haya de modo global una estrategia conservadora convincente en este momento en España (aunque haya muchos proyectos, personas e ideas interesantes y loables). Segunda: que yo tampoco tengo una propuesta integral ganadora.

Pero sí me atrevería a sugerir tres actitudes:

En primer lugar, la primacía de las relaciones, ya mencionada. No solo como cuartel de invierno o jardín benedictino, ni para evitar el economicismo (eso que se ha llamado la *derechita deloitte*). Tampoco como recurso personal para evitar la mimesis o la disolución en el activismo, o la recaída en la violencia verbal y hasta física, que son algunos peligros de quien está focalizado en la acción pública. Ni solo por una cuestión de coherencia moral. Pienso que esta primacía es también una ventaja estratégica.

74 Entrar en relaciones personales (de familia, de amistad, de comunidad de aprendizaje, religiosas, etc.) es ya ser «conservador», afirmar algo bueno que no es simplemente una preferencia individual de consumo, sino un bien común. Falta ciertamente la dimensión pública –que acabo de decir que no puede faltar en la ambición conservadora– pero de modo casi inmediato –salvo que se haya caído en el doctrinarismo libertario– se empezará a pensar en cómo deben las leyes y las políticas públicas proteger y promover esos bienes comunes. Tender la mano, escuchar, compartir, es una forma de proselitismo conservador muy subversiva y eficaz.

Para que esto pueda suceder, junto al deseo de buscar la verdad y de proteger el bien, es necesario crear el contexto, el ambiente donde pueden encontrarse las personas. A esto lo llamo cordialidad: que las interacciones estén mediadas por una actitud afectuosa, que los desacuerdos pasen por el corazón. Así se liman aristas con la calidez de la comprensión mutua y de la paciencia. Cordialidad que se manifiesta tanto en los contenidos (buscando con frecuencia lo que une, más que enfatizando lo que separa) como en los estilos y formas.

Sin embargo, no debemos llevar la cordialidad al extremo de decir mentiras, de nunca afirmar verdades: de mimetizarnos.

Y la cordialidad ha de ser ejercitada, ante todo, hacia adentro: con quienes compartimos esas relaciones y convicciones fuertes. Esto se traduce en respeto al pluralismo de estrategias, posicionamientos y estilos. También porque ese pluralismo resulta más eficaz en la guerra de guerrillas que una línea de frente en formación de falange.

Por último, creatividad celebrativa. El conservadurismo debe estar centrado no tanto en los derechos y las estrategias legales, sino en la afirmación del bien, aunque no desconozca la importancia de las instituciones y del *rule of law*. Un bien que es compartido con otros de modo espontáneo, y que busca formas de hacerse atractivo y accesible, que eviten confirmar los prejuicios arraigados ante la cultura hegemónica del pasado. De modo que debe ser creativo, no simplemente repetitivo o nostálgico.

Y, también, por pura coherencia, el conservador debe cultivar el bien de modo celebrativo: expresado con alegría contagiosa a través de la belleza. Belleza que es el esplendor de la verdad de esas mismas relaciones en torno a bienes comunes, no principalmente un producto de la industria cultural o un buen encuadre de Instagram. Pero –también– belleza que sabe dar forma a esas relaciones, evitando que

76 recaigan en la vulgaridad. Forma que hay que esmerarse en crear, inspirados por la educación estética en la gran tradición, pero también por la nueva sensibilidad.

Parfraseando a Chateaubriand: orden y aventura.

¿Y la política, la legislación, el poder? Solo repito que no pueden excluirse como algo corrupto en sí mismo, inútil para promover la cultura. Pero tampoco traducirse en una férrea disciplina de partido único. Por mi profesión y posición en la vida, poco más me veo capaz de decir.

La visión europea de la ciudad y el campo*

Sebastian MORELLO

LA dicotomía entre lo urbano y lo rural es sorprendentemente nueva. Históricamente la ciudad fue en gran parte una creación de la clase mercantil, la burguesía, quien tomó el nombre del burgo, ese espacio suburbano entre el campo y la plaza donde se situaba el mercado de la ciudad. Desde el final del periodo de la gran migración, en el siglo x, hasta mediados del Renacimiento, en el siglo xvi, esa clase mercantil constituía un minúsculo segmento de cualquier sociedad, actuando como mediadora del intercambio de bienes, casi todos ellos fabricados en el campo por las comunidades rurales.

77

* Comunicación realizada el 21 de octubre de 2023, en la Universidad CEU San Pablo, en el marco del congreso «El Conservatismo hoy: la defensa de las libertades, las tradiciones y la cultura», coorganizado por la revista *The European Conservative* y CEU-CEFAS. Sebastian Morello es analista en *The European Conservative*. Traducción de Aurora Pimentel Igea.

78 La ciudad, por tanto, se hallaba económicamente ligada al campo, así como lo estaba físicamente. De este modo, se transitaba del paisaje rural al de la ciudad de un modo gradual: del campo al burgo, del burgo a la plaza. Por supuesto, la plaza de la ciudad estaba dominada por la aguja o la torre de la catedral indicando los orígenes rurales de la vida urbana, es decir, de aquellas comunidades formadas por monjes y canónigos dedicados a la agricultura alrededor de las cuales se agruparon los arrendatarios y los campesinos libres, y a las que acudían los comerciantes para prestar sus servicios.

Hoy en día, esta connaturalidad y continuidad de la ciudad con el campo ha desaparecido casi por completo en gran parte de Europa, cuando no en toda. La ciudad moderna no consiste ya en una comunidad de comunidades –formada por suburbios, el centro histórico, los diversos barrios y la plaza del mercado–, sino en una monstruosa metrópolis poblada por individuos aislados, la mayoría de los cuales ni siquiera conocen a sus vecinos de al lado. Las ciudades modernas son islas grises separadas por océanos de campo industrializado. Ese campo sólo es visible desde las autopistas que unen esas islas urbanas, vías inhumanas de alta velocidad que suponen todo un azote tanto para la fauna

como para nuestra propia respiración. La ciudad moderna tiene poca o ninguna conexión con las comunidades rurales fuera de esos corredores de hormigón, ya que pertenece a una economía internacional impulsada por una industria global muy digitalizada.

El lento divorcio entre la ciudad y el campo ha sido en gran parte consecuencia de la radical transformación tecnológica de Europa. Esta transformación, que empezó a acelerarse durante la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX, se precipitó vertiginosamente en las décadas de posguerra del siglo XX. En la actualidad, la opinión generalizada es que nuestras innovaciones tecnológicas se desarrollan a tal ritmo que pueden acabar totalmente fuera de control, y nadie está seguro de si nos sirven a nosotros o nosotros a ellas.

Durante las décadas de la posguerra del siglo XX se nos impuso un tipo de arquitectura que transmitía visualmente este divorcio entre paisaje y ciudad. Las viejas ciudades de Europa que habían crecido orgánicamente a lo largo de los siglos, si no resultaron arrasadas por la Luftwaffe o las fuerzas aéreas de las Naciones Aliadas, lo fueron por los ideólogos progresistas. Desde los años sesenta hasta los ochenta las poblaciones urbanas que residían en esas ciudades que

80 habían sido devastadas se vieron obligadas por la arrogancia progresista a someterse a los experimentos del modernismo arquitectónico de la Bauhaus, el brutalismo y, después, por el postmodernismo iniciado por Le Corbusier (cuyo deseo de echar abajo todo París, afortunadamente, no llegó a lograrse).

Estos experimentos arquitectónicos se exportaron, total o parcialmente, a todas las ciudades del mundo. Hoy en día, en mi propio país, Inglaterra, por ejemplo, al conducir desde los ondulantes campos y los bosques que salpican nuestra antigua campiña hasta Londres, Manchester, Coventry o cualquier otra ciudad, uno se siente como si hubiera sido transportado por un OVNI de una raza alienígena hostil y trasladado a un mundo distópico a muchas galaxias de distancia, allí donde los seres extraterrestres deben de ser completamente diferentes de usted y de mí porque ningún ser humano podría ser feliz viviendo en un lugar semejante.

Nos hemos habituado a pensar que esto siempre ha sido así, que ha existido siempre un abismo entre la vida urbana y la rural. Sin embargo, la casa rural inglesa y las casas adosadas de estilo georgiano del centro de la ciudad compartían ciertas formas y principios de lo que constituía una arquitectura autóctona, y surgieron como fruto de una cultura y de un modo

de vida que eran comunes en todo el país. Pero, como señalaba, esa locura arquitectónica de la modernidad tardía no es sino la representación visual de una transformación más profunda que fue impulsada por la innovación tecnológica.

Cada paso tecnológico que hemos dado como civilización nos ha hecho, sin duda alguna, la vida más llevadera, pero también nos ha alejado de la realidad y nos ha acercado a la realidad virtual. En el momento en que el hombre dejó de destrozarse las manos al cultivar la tierra manualmente y se ayudó de un apero de labranza, dio un paso adelante alejándose del peligro constante de morir de hambre. Pero también en ese mismo momento esa tierra bajo sus pies se convirtió en ‘suelo’, una masa de materia oscura en lugar de la combinación de deshechos, piedras, ramitas, bichos, semillas, barro y todo lo demás que constituye aquello de lo que depende nuestra agricultura. Al introducir la tecnología, se distanció de la realidad, y con ello la tierra se convirtió en ‘materia’. Con cada nueva tecnología se debilitaba así nuestra relación con la tierra; la urbanización acelerada ha sido el efecto evidente de esta huida de lo concreto y lo real.

Así, con cada nueva tecnología, lo particular se vuelve menos concreto y más abstracto, de ahí que la metáfora

82 abstraccionista y mecanicista se imponga como el prisma dominante a través del cual vemos el mundo. Con cada paso, nuestra supervivencia se convierte en un hecho, pero también nuestra supervivencia se disfruta en un mundo cada vez más gris y abstracto. Con cada paso, nos alejamos progresivamente de todo lo que tenga que ver con la complejidad del mundo real que nos rodea y del que formamos parte, y nos adentramos en un mundo creado por nosotros mismos, que, en realidad, es una especie de fantasía.

Mientras que el primer efecto importante de esta desvinculación de nuestras vidas con lo real y lo concreto consistió en ese paulatino divorcio de la ciudad y el campo, el efecto posterior ha sido nuestra huida de esa ciudad que es tangible a esa otra ciudad virtual de la tecnología de la comunicación. Curiosamente, aunque la comunicación nunca ha sido tan accesible gracias a esta tecnología, estadísticamente la gente nunca se ha sentido tan aislada y desconectada, y la depresión debida a la soledad aumenta rápidamente, especialmente entre los jóvenes.

A medida que se producía la lenta pero progresiva transición de la realidad a la ‘realidad virtual’, el campo se convirtió en un mero ‘recurso’ en vez de un hogar común. Nuestra

civilización, al enfrentarse a ese problema de la pérdida de contacto con la realidad por ese afán tecnológico en pos de la seguridad y estabilidad, otorgó a la caza un lugar destacado en la cultura colectiva y situó las representaciones de los paisajes naturales o agrícolas en el centro de su tradición artística. A mi modo de ver, nuestra civilización lo hizo para disponer de un salvavidas.

Evidentemente existen importantes razones de carácter práctico que justifican la caza. Pensemos en los ciervos, por ejemplo. En la actualidad, hay más ciervos en el Reino Unido que en ningún otro momento desde el final de la Edad de Hielo. Se calcula que por las islas británicas vagan unos dos millones de ciervos de seis especies, de las que sólo dos son autóctonas, las cuales, sin ningún depredador natural, están causando daños incalculables a nuestros bosques y nuestra agricultura. Hace poco, mientras íbamos de excursión, mi hijo y yo observamos que medio campo de cebada había sido completamente arrasado por ciervos acuáticos chinos, quienes han llegado a dominar los condados del sur de Inglaterra desde que sus antepasados escaparon de un zoo en los años veinte.

Los románticos partidarios de la resilvestración (*rewilding*), deseosos de dejar que la naturaleza prospere sin

84 intervención alguna, se han topado una y otra vez con el problema de los ciervos, y se han encontrado –en contra de sus principios– recurriendo a cazadores profesionales para evitar el exterminio de todos esos arbolitos recién plantados. Los ciervos devastan los bosques y se comen las flores silvestres, muchas de las cuales se encuentran en declive. Los ciervos y los gamos al marcar su territorio arrancan la corteza de los árboles con sus astas, destrozando así los bosques recién plantados. La población de ciervos rojos en Escocia se ha duplicado en los últimos cincuenta años, destruyendo la escasa vegetación de las Tierras Altas, a veces en manadas de mil ejemplares. La Sociedad Británica del Ciervo –British Deer Society, una organización benéfica de la que me enorgullezco de ser miembro– sostiene que los ciervos son responsables de una reducción registrada del 50% de las especies de aves de nuestros bosques. En cualquier caso, además de tener un efecto adverso sobre la biodiversidad, esa superpoblación que existe entre las diversas especies de ciervos puede provocar escasez de alimentos para los propios ciervos y, en consecuencia, desnutrición y enfermedades.

La evidente tensión entre esa población creciente de ciervos y determinados objetivos de los ecologistas ha llevado a que el lobby ecologista pida habitualmente una reducción del

60% de la población de ciervos británica. Los cazadores, por su parte, de modo general solicitan un enfoque más moderado, menos verticalista y mecánico, respecto a la gestión de ciervos a través del fomento de un mayor interés por su deporte y la promoción de la carne de venado como una fuente de proteínas sana, sostenible y ecológica.

A pesar de los problemas que causan los ciervos, entre los que he señalado sólo algunos, sería un error considerar a éstos como los únicos responsables de todos nuestros problemas de conservación, lo que, además de injusto, sería falso. Las carreteras y autopistas, el intenso tráfico, el auge de la población humana en el Reino Unido, la expansión urbana, el uso de pesticidas y herbicidas y muchos otros factores contribuyen a la desaparición de ese entorno natural del que se supone que somos sus administradores responsables. No obstante, si queremos tomarnos en serio nuestra responsabilidad, parte de ella consistirá en custodiar adecuadamente no sólo la vida silvestre, sino todos los aspectos del campo.

Sin embargo, las abundantes razones de carácter práctico que justifican la caza no explican suficientemente nuestra necesidad no sólo de seguir gestionando la fauna salvaje, sino de recuperar una auténtica ética de la conservación

86 en general. Y la razón más profunda por la que debemos impulsar ese renacimiento de una ética de la conservación es la de mantener nuestro vínculo con la realidad mientras las fuerzas de la modernidad tratan de quebrantarlo.

El ataque a deportes como la caza, el tiro y la pesca –que son una parte importante de mi propia vida– y el implacable ataque a nuestra tradición artística a través de ese arte moderno o abstracto tan activamente promocionado están profundamente ligados a nuestra pérdida de conexión con la tierra. Y a medida que esta conexión se debilita cada vez más, el campo se convierte o bien en parcelas sobre las que se extienden los paisajes urbanos, o bien en un ‘recurso’ donde unos campos carentes de belleza son cultivados con un alto número de sustancias tóxicas para satisfacer la demanda del mercado, o bien se llenan de establos de hojalata repletos de animales torturados y atiborrados de antibióticos.

El interés generalizado por devolver la naturaleza a su estado natural, al que no me opongo, al menos no en principio, me temo que está impulsado por la implícita suposición de que el lugar del hombre está únicamente en la ciudad y de que el ‘medio ambiente’ es sólo eso, algo ‘ahí fuera’, de lo que estamos rodeados, algo con lo que no tenemos ninguna

conexión esencial, en lugar de mi término preferido, ‘naturalidad’, de la que nosotros mismos formamos parte. Esta moderna presunción se observa en la nueva y creciente moda del ‘baño de bosque’ (sobre el que se puede encontrar mucha información en Internet) que consiste en salir de la ciudad para adentrarse en una zona boscosa y, en fin, adentrarse en ella como si uno fuera un marciano que visita otro planeta.

Sin embargo, los deportes de campo –como son la caza y la pesca– ofrecen, en mi opinión, una vía de escape para salir de ese encierro en la jaula de la irrealidad. Las personas que cazan participan en el mundo natural, un mundo que nuestros antepasados conocían y comprendían. De hecho, el carácter moral del cazador –a saber, su anhelo por una muerte limpia, su admiración por su presa y su deseo de conservar su hábitat– está inseparablemente ligado, lo sepa o no, a su profundo encuentro con la realidad y a su natural desconfianza hacia la realidad virtual. De hecho, esa relación moral con un animal cazado pertenece a un ámbito ético desconocido para alguien que sólo se encuentre con animales muertos en los estantes de los supermercados.

Los ingenieros de nuestro nuevo mundo feliz nos dicen que pronto todos residiremos en ciudades de 15 minutos,

88 en jaulas urbanas neutrales en emisiones CO₂ de las que nunca nos alejaremos más allá de una o dos calles. Todos seremos veganos y visitaremos a nuestros seres queridos a través de Zoom. Nuestra separación de la realidad será entonces completa, y nos habremos convertido en lo que hasta ahora comíamos: seremos como pollos humanos en un gallinero industrial.

Se nos dice que este imperativo confinamiento urbano es necesario para salvar al planeta de un ‘apocalipsis climático’. Sospecho, sin embargo, que las razones que nos ofrecen las élites transnacionales y sus acólitos para esta forzada transición global hacia un mundo ‘con cero emisiones netas’ no son las verdaderas. Aunque es obvio que debemos abordar la destrucción tecnológica de nuestro mundo, así como la fragilidad del clima y la complejidad de los ecosistemas, es igualmente obvio que las personas que deben liderar ese cambio no pueden ser esos globalistas codiciosos en sus jets privados.

Afortunadamente, veo que están surgiendo algunos acontecimientos positivos, especialmente a raíz del Covid en 2020/2021. En Gran Bretaña, a medida que se ha extendido el trabajo a distancia, mucha gente se ha trasladado al campo

y ha empezado a disfrutar de unas relaciones estrechas con la población local. Muchos parecen darse cuenta de que su vida online les genera hastío y frustración. En consecuencia, la puesta en marcha de granjas se ha hecho bastante popular entre algunas familias jóvenes y con una buena posición económica. Se ha extendido el aprovechamiento de plantas silvestres y la recogida de setas, y la caza del ciervo con rifle es el deporte de campo que crece con más rapidez. Si estos avances continúan, los debates sobre el futuro de la vida rural –así como el tan necesario renacimiento de esa ética compartida de custodia de la naturaleza– pueden ser mucho más sencillos. Y tal vez en las próximas décadas podamos incluso asistir a un debate público sobre cómo revertir el divorcio entre el paisaje urbano y el rural y volver a verlos unidos.

Contacto

CEU-CEFAS | Centro de Estudios, Formación y Análisis Social

Calle Tutor, 35 | 28008 Madrid | España

Teléfono: (+34) 91 514 05 77

cefas@ceu.es

